

bomba en la otra esquina, mientras tú te estás allí tan quietecito, pegado al suelo, a la pared, o a donde sea, sin pensar, los ojos muy abiertos, el corazón violento, y nada, ya ves, hijo mío, lo que es salir y no volver, no somos nada, pero tú puedes estar muy orgulloso, porque tu padre era un hombre muy bueno, trabajador, como no habíamos, ya te lo tengo dicho, que seguro seguro que habría sido algo muy grande si no se hubiese tenido que casar conmigo, y ahí tienes la prueba de quién era, en sus carnés medio rotos, que yo los he guardado siempre para ti, fijate cómo te pareces a esta fotografía del sindicato, quién sabe las veces que, a lo mejor, hemos pisado el mismo sitio donde cayó la bomba. Me dijeron así, a bulto: en Ferraz. Para qué le voy a contar a usted las veces que he recorrido esa calle arriba y abajo, ahora todo es nuevo, da lo mismo preguntar a nadie, para qué; les daría un patatús saber que alguien murió despanzurrado en su puerta, tan bonita, con ficus, con sansiveras, con alfombras así de gordas, con mármoles, con un portero de botones dorados. Ahora todo el mundo va a lo suyo y no a todas las sesentonas les han matado el marido allí, en una esquina, llena de escombros y silbidos, eso solamente les pasa a los incautos, a los sencillos, a la pobre gente que, como tu padre, no tienen trastienda, sino impulso, eso es, buena voluntad y deseos de trabajar, a ver, si no. Claro que, bien mirado, cualquiera se atreve a asegurar nada, porque, aunque usted no me crea, los ratitos en que una dispone de lucidez, esos en que notas que las gentes se llevan un dedo a la sien en cuanto das media vuelta, pero que tú lo ves, siempre hay un cristal oportuno para verlo, o peor aún, lo presentes que lo hacen, no sé, lo adivinas, bueno, es que notas en tu sien el movimiento de tornillo que ellos hacen con la yema de su dedo sucio... Pues ya ve usted, esos días, realmente, una muerte así, en la esquina, una muerte sin más resultados que reconocer las pertenencias, como aún recuerdo que decía el papelito del juzgado... ¡Qué bien, no me diga, tan fácil, tan resuelto! Ni en el entierro tuve que pensar. Nada. Y eso fue una pena. Cuando se vive algún tiempo así, tan bien, tan cercanos, se tiene miedo al día en que uno falte, se querría morir siempre uno el primero. Y se entrevé el tal día, ya lo creo. Y yo, y me dolía el entrecejo, aquí, al pensarlo, pues que lo veía, teníamos una iguala muy arregladita, y yo veía el funeral, y los pésames, quizá la reconciliación con la engreída familia... Y nada. Las pertenencias, y váyase, camarada, váyase, buena mujer, están esperando otras personas para lo mismo. No hubo flores, ni corona con dedicatoria, ni velorio, ni luto. Bueno, al paso que van las cosas, cuando me toque a mí, Dios sepa qué habrá. No vale la

pena, ahora sí que no vale, pensar en eso. Pero, ¿y mi hijo? Si mi hijo volviera algún día, ¿quién le iba a decir todo esto, y lo que pasó luego, después que lo evacuaron, y cuando dejé de tener noticias tuyas de Francia, o de Bélgica, de Ucrania...? No, ya ve usted, prefiero todo lo pasado y seguir esperando, sé que algún día, cuando llegue a casa estará allí, en la butaca de mimbre que me regalaron en el casino, esperándome, leyendo los prospectos de lavadoras o inmobiliarias que meten por debajo de la puerta, quizá haciendo el crucigrama poco a poco, a lo mejor es capaz, ¡tonto!, de chupar la punta del lápiz mientras busca las palabrejas, o a lo mejor está haciendo números a ver qué nos convendrá comprar primero, pero, *no, hijo mío, no te dejaré ser manirroto, hay que pensar mucho las cosas y ser previsor, muy previsor, muy precavido, tú no sabes lo mal que lo hemos pasado, y el seguro no cubre ni la mitad de las necesidades y hay que estar atentos al desempleo y a la carestía, y no conviene tampoco aparentar, que ahora a todo el mundo le da por parecer más de lo que es en verdad, si lo sabré yo, nosotros, todo lo más, procuraremos vivir otra vez por allá abajo, por detrás de la Plaza de Toros, como cuando eras niño, ahora están haciendo unas calles muy buenas por allí, el metro llega más lejos, estaríamos muy bien y saldría mucho más barato, porque, hijo mío, tú no sabes lo que fue aquello, tú, en la colonia y viajando por ahí, te libraste de todo, y gracias a Dios por ello, pero yo, aquí, solita, sin arrimo alguno, trabajando aquí y allá, que si en un hospital, que si en un comedor de soldados, bueno, un calvario, qué frío en las noches, vueltas y vueltas en la cama tan grande para mí sola, qué ilusión el papelito aquel que decía que estabas bien, que creías que te ponías tantas y cuántas inyecciones, y cómo me afanaba yo, que no he estado nunca por esas tierras ni voy a estar, que no sirve de nada ponerse a ahorrar, aparte de que de dónde voy a ahorrar yo, no me hagas reír, pues, sí, yo me afanaba por verte, por saber o imaginarme cómo sería el jardín donde corrías, el comedor donde comías, la alcoba donde de seguro te acostaban sin rezar, que era una delicia oírte chapurrear las oraciones... Ah, sí, señor, hace usted bien en llamarme al orden, a mí se me va el santo al cielo y no sé, a veces, qué diablos estoy diciendo. ¿Cómo? Ah, sí, pues ya ve usted, gracias por recordármelo, me quedé sola, porque el niño, a ver, yo no tenía una perra, el colegio había sido convertido no sé en qué, en cuartel, o en cárcel, total, que no comía nada, y se lo llevaron a una colonia de niños evacuados. Por lo menos ha visto mundo. Hace tiempo que no sé de él oficialmente, pero, usted sabe, esas cosas de los servicios internacionales, el*

correo, todo está tan alterado, y, luego, ya lo dicen los periódicos, no nos quieren por ahí nada, nada, lo que se dice nada. Ya vendrán las noticias. Si yo no espero, ¿quién le esperaría? Yo tengo que esperar y enseñarle esos papeles que han ido llegando para él, los formularios para la herencia de sus abuelos, que, ya ve usted las vueltas que da el mundo, los liquidaron en el otro lado, lo que son las cosas, nunca me lo expliqué, y también tengo que darle el aviso de la Caja de Reclutas... Oiga, ¿será posible? ¿Usted cree que le harán ir al cuartel todavía? ¿Encima? Yo creo que deben dejarle conmigo, que para eso le he esperado yo tanto, eso son sopas y sorber, qué caramba. Yo no puedo creer que hagan eso. Claro que tampoco parecía posible que su padre fuera a dar una clasecita y a morir en una esquina de la calle Ferraz, y menos aún que mi niño tuviera que irse por ahí solito, mundo adelante, y ya ve usted. El mundo es un lío de miedo, y es inútil querer arreglarlo. *No te metas a redentor, hijo mío, que el hombre es malo y no anda nunca a derechas, y tú has salido como tu padre, un bendito que le engañaba todo el que quería, solamente yo, yo fui para él como él se merecía, y ya ves para lo que nos aprovechó, más años de los que yo tenía cuando nos dejó han pasado desde entonces, casi nada, y ¿hasta cuándo? Vete a ver. Todo sea por Dios.* Ay, perdóneme usted, hace usted bien en traerme a la realidad, porque ya llevo mucho tiempo hablándole de lo de siempre, y por más que se repitan las cosas, no es un disco, no, qué va a serlo, que llega un momento en que siento cómo me sube así, desde el estómago, una bola grande grande, y me llega a la garganta, y a los ojos, y a los oídos, y, entonces ya, ahí, nadie lo sabe cómo es entonces todo, y cómo solamente el ponerme a esperar puede deshacer esa bola, y retragarla, y hacerla bajar de nuevo a su escondite. Sí, prefiero esperar, yo no hago daño a nadie esperando, usted me contará. Hoy mismo, ahora, cuando le deje a usted, ¿estará en casa? Tengo prisa, tanta prisa, por si acaso. Por otro lado, no querría llegar nunca, por no ver la butaca vacía, los almohadones intactos, la hoja del calendario sin quitar, los cachivaches de la cocina como yo los dejé esta mañana, cuando me fui a limpiar el casino, ya sabe usted, hacía tanta niebla, y, luego, los autobuses van tan mal, y yo voy andando cada vez más despacio. Sí, voy a dejarle a usted, ea, Señor, cómo pesan a veces las cosas, la memoria, los pies, las manos agarrotadas, la misma esperanza, *hijo mío, esto no es vida, me voy a casa, a lo mejor se te ha ocurrido venir hoy, sin avisar, también tú, qué ocurrencias, precisamente hoy que no limpié lo debido, me voy, me voy, discúlpeme usted, ya me parece que se lo he dicho todo, por lo menos*

todo lo que yo recuerdo, si necesita algo más pregúnteme usted otro día, ahora tengo que irme, y... Bueno, ya sé por dónde voy a ir a casa. Me voy siempre por aquí, atajando, Cedaceros, la Carrera, las Cuatro Calles, Cruz, Barrionuevo, Progreso, luego la Cuesta del Mesón abajo, voy haciendo tiempo, para dar lugar a que llegues tú, hijo mío, siempre puedes haberte encontrado con alguien y entrar a una barra a tomar un chato, tanto que le gustaba a tu padre, o quizá quede por ahí algún puestecillo de gambas, solían poner los carritos en Duque de Alba, y te habrás distraído a comprar unas pocas para animar la cena, o quizá quizá te has metido en un cine de continua, al paso, lo has pensado mejor y has decidido llenar un rato, a ver, hay que distraerse algo, porque así, de casa al trabajo y del trabajo a casa, esto no es vida, qué va a serlo, me pararé en todos los escaparates, zapatos, corbatas, pañuelos, encendedores, ¿te gusta fumar?, si seré tonta, no entiendo nada de clases de tabaco, tu padre no fumaba nunca, por lo menos desde que nos casamos, había que ahorrar lujos, y miraré en las camiserías, ¿qué número gastará ya?, y me acerco al cristal, tan fresco en la frente, y vuelvo a ver esos tranvías que ya no están, y repaso las canciones que sonaban en la radio aquellos años, cuando los tres... *Morucha divina, clavel tempranero*, a ver por qué me mirarán esos idiotas, yo canto como me da la gana, *Cerré los ojos pa no mirarla y abrí la puerta de par en par*, y ya sé que en cuanto doble la esquina de la pastelería se ve la ventana de nuestra cocina, sí, hombre, sí, ¿no ves que han tirado la casa de al lado?, por eso se ve, es que hace un par de años no se veía, claro, estaba ahí la casa de la posada, y de la ferretería, y ya no están, a ver, hay un solar, pronto tirarán también la nuestra, ahora lo están tirando todo, *tienes que darte el domingo una vueltecita por allí, por detrás de la Plaza de Toros, a mí me gustan aquellos barrios, nos mudaremos, ya lo verás, es tan agradable, da el sol de plano las tardes del invierno, y hay chiquillos correteando por las cuevas de los desmontes, rebuscando tesoros en las escombreras, y pasan muchos, muchos aviones*, y... Mire usted, señor no sé para qué le cuento todo esto, pero es que, la verdad, no quisiera llegar a mi casa, porque figúrese que me entra lo que me ha de entrar, menudo telele, y que está allí, y me ve y... ¿Cómo me llamará? ¿Usted no sabe cómo me llamará? ¿Por mi nombre? ¿Madre? Quizá ya no sepa español, y si lo sabe, dicen que por ahí saben de todo, ¿de qué me va a servir hablar? ¿Nos entenderemos? ¿Sabré yo arreglarle la ropa que traiga, ropa del extranjero, así, anchota, muy buena, llamativa, tan llamativa como algunas que vemos por ahí, por la calle? Quién sabe si no tendrá

estudios, ingeniero, arquitecto, y entonces, ¡adiós!, porque, ya ve, yo no soy más que una mujer de la limpieza, una pobre mujer de la limpieza, y no podré hablar de sus cosas, tanto que les gusta a los hombres, cuando vuelven, cansados, a casa, que les elogien su trabajo. Ay, cuántas dudas, Señor. ¿Sabré hacerle yo algo que le guste? Pues, si, yo, ya ve usted, creo que sí, que algo sabré hacerle... y me lleno de proyectos para el otro día, para los otros días, habrá que incluirle en el padrón, y vengan oficinas y ventanillas, y en la cartilla del médico, y poner el contrato del piso a su nombre, pondré un enchufito nuevo para que se afeite donde tenga más luz... Me sentiré firme, segura, acompañada. Quizá podamos tomar las vacaciones juntos, iremos al mar, que todavía no lo he visto, o, mejor, nos quedaremos en casa en paz y en silencio, y, al atardecer, me leerá el periódico, los crímenes, y los partidos, y los viajes del papa, quién sabe si no haremos una quiniela, riéndonos, bobos, regañaremos (en broma, claro) al discutir en qué gastaremos los millonazos... Y cosas así. ¿Qué hay de malo en eso? Y subo por la escalera sin mirar si hay algo en el buzón, hoy quiero que sea total la sorpresa, y, a pesar de todo, tengo que ir deteniéndome poco a poco, que los escalones se van notando, y paso por los rellanos de puntillas para que no se enteren los vecinos, siempre esa Clotilde, tan monilla, la del tercero, dando gritos y riéndose, es un diablillo, ya ve usted, aún quedan niños, y me acerco a mi puerta sin hacer ruido, esa madera, cuidado, que cruje siempre, por qué no le habré puesto algo de grasa a la cerradura, y rechinan los goznes, a ver, es tan vieja, y me alarmo, que a lo mejor se ha quedado dormido esperándome, no pasaré al comedor para no despertarle, ni encenderé el brasero, sino que me quedaré en la ventana del pasillo un ratito, hasta que se dé cuenta de que he llegado, desde allí veo muchos tejados, muchas ventanas de cocinas donde las madres andan afanosas preparando la cena a sus muchachos, los que se habrán quedado en un bar o habrán entrado a un cine de continua que les salió al paso, quizá se han retrasado con la novia en el quicio oscuro, *eso, ya ves, eso no ha cambiado*, y me distraigo leyendo anuncios luminosos para llenar el tiempo, *se-a-pa-gan-se-encien-den*, «Electrodomésticos», «Viajes», «Champán», «Vuele por Iberia», *se-a-pa-gan-se-encien-den*, y veo el reloj de la Telefónica, y puedo hablar con él desde afuera, sin miedo a que me replique con mal humor si es que está rendido; a ver, el día es tan agonioso, *¿a qué hora te llamaré mañana? ¿Has visto qué sol tan bonito ha hecho esta tarde? No daban ganas de ponerse a trabajar; es ya la primavera que está llegando; ya iremos el domingo que viene a dar*

un paseo, y eso que, a lo mejor, ya se sabe, alguna lagartona por ahí sale y si te he visto, no me acuerdo, ¿eh? Jesús, qué tarde se ha hecho; vamos, vamos, hijo mío; es hora de acostarse, anda; oye a ver qué dicen del tiempo; no te vayas a dejar el transistor encendido; ya será de día y mañanaremos; bueno, yo aún voy a quedarme un ratito aquí cosiendo; no me digas que si la luz, que si me voy a quedar ciega; eres igual que tu padre, que siempre me lo decía; anda, ponme el brasero, enchufa; tú te puedes agachar mejor que yo; fíjate en este huevo de madera para coser calcetines; tanto que te gustaba jugar con él; pues ya ves, aún lo tengo... No, no me llames por mi nombre; eso no me gusta; vaya, que no; anda, quita, quita; no seas zalamero; te digo que mañana habrá que madrugar; hay que firmar a la entrada... Allí, donde tú estás, ¿hay que firmar en la entrada, al llegar y al salir? ¿Nunca? Vaya, hombre, también tienes suerte tú, ¿eh?; no te quejarás... A ver si con estas pamplinas nos olvidamos de poner el despertador. Anda, dale cuerda con mimo, hombre, con mimo; ¿no sabes que me lo dieron de premio en el mercado unos hombres de la televisión que preguntaban cosas para anunciar no sé qué jabones? Ya ves, yo supe contestar; ¿qué te has creído?; claro que lo supe; ya apenas me acuerdo qué preguntaban: qué era un azumbre, quién está enterrado en Santiago, cuántos credos tarda un huevo en cocer... También cosas de Madrid: cuál es la primera verbena, dónde está la calle Ferraz... Ya ves tú qué facilito. Me dijeron en el casino, al día siguiente, que salgo muy bien en la tele, que sonrío, que no se me nota apenas el pelo blanco...

ALONSO ZAMORA VICENTE